

Sin embargo, lo que tal vez sucederá es que se irá diluyendo la necesidad de conocer a las mujeres, justamente porque no habrá los «ghettos» que tratan de poner de manifiesto la necesidad de conocer a las mujeres y representan una pequeña fuerza de resistencia frente al androcentrismo, representan cotos desde los cuales se puede presionar para avanzar en la investigación y la docencia específicamente sobre las mujeres. Es desde donde se han señalado más fácilmente las ausencias, los sesgos sexistas y la importancia de ver lo hasta ahora invisible.

Al parecer, el tan temido sectarismo de las feministas será sustituido por la flexibilidad, la comprensión y la lógica (masculina) de que no es conveniente hacer estudios solamente de mujeres, por mujeres, para mujeres. Esto último lo llaman sexismo al revés y no es tolerable, (como si existiera un sexismo «al derecho» que lo fuera).

De todas maneras, estoy hablando de una tendencia no de un hecho consumado. Y ésta va en el sentido de que en algún momento deberá pasarse a otra fase en la que ya no será necesario ni conveniente tener Estudios de la mujer como espacios autónomos, pero es difícil pensar en la desaparición o transformación de algo que, como decía, nunca se ha desarrollado realmente. Y hoy todavía se siente la gran necesidad de abrir cursos sobre la mujer en todos los niveles de la enseñanza universitaria. Es mucha la gente que tiene

deseos de profundizar sus conocimientos sobre la mujer, sobre las mujeres, sobre los feminismos y relativamente poca, sin embargo, la que puede ofrecer esta formación.

Si es muy cierto que no se puede conocer cabalmente a la mujer sin conocer al varón o mejor a la relación entre ambos, esto finalmente resulta una falacia enorme dado que en ese caso nada se podría conocer en forma aislada, todo en el mundo son procesos interrelacionados y en contextos específicos.

Pero se abstrae constantemente lo que conviene para conocerlo mejor. También es fundamental analizar los mecanismos de la construcción simbólica del género pero eso no tiene por qué sustituir al conocimiento histórico y actual de las mujeres sujetos sociales.

Me parece que hay un desfase que es muy típico. Es como cuando pretenden apenas «modernizar» a México y al mismo tiempo muchos allí se sienten instalados ya en la postmodernidad.

*Profesora de la UAM-México.

NOTAS

¹ Elaine Abelson, David Abraham y Marjorie Murphy; «Interview Joan Scott» en *Radical History Review*, Nueva York, Nº 45, agosto 1989, p. 47. (Traducción mía)

SENTIDOS Y DESVARIOS DEL DESARROLLO

Margarita Pisano*

Razón y sin razón del desarrollo

El pintor Roberto Matta hizo en el año 1972 un mural en el edificio que se construyó en Chile para la UNTAC III y este mural que estaba colocado sobre la entrada a la sala de plenarios se leía muy grande ¡Ojo con los desarrolladores!

Según el diccionario de la lengua, desarrollar es el acto de posibilitar el incremento a pueblos y personas, es educar e ilustrar.

Este ojo se me quedó pegado en toda mirada hacia el desarrollo. Creo que no hay desarrolladores neutros posibles, nadie desarrolla nada desinteresadamente, sólo busca formas de dominio que le produzcan más seguridades. Conlleva, aunque con las mejores intenciones, el dominio de una manera de ver el mundo, la adscripción a un modelo, por lo tanto es importante poner este ojo en quien propone y en su cultura.

A mi entender, este acto se hace desde un LUGAR, que tiene los recursos, que tiene desarrollo, no sólo económico, sino donde como cultura reconocemos modos de vida, costumbres, conocimientos científicos, artísticos, industriales y técnicos

más avanzados, «superiores» entre comillas. esta cultura ha hecho posible este desarrollo y ha producido los recursos para desarrollar a otros. Esto constituye un conjunto indivisible, cultura y desarrolladores.

Está marcado también geográficamente Norte y Sur. Están unidos y se transmiten unidos. Por eso, cuando hablamos de desarrollo debemos hablar de cultura: se conjugan unidos.

Más que una adscripción a modelos adjetivados, sean estos el de equidad, igualdad o autosostenido, tan recurridos hoy en día, las propuestas de desarrollo feministas conllevan el tránsito a otro sistema civilizatorio-cultural.

Para que realmente exista un tránsito a otra cultura y no sólo una acomodación nuevamente del sistema para su permanencia, debemos entender muy profundamente el sistema civilizatorio/cultural patriarcal en el que estamos. Sin este conocimiento, sin esta indagación que implica ponernos en interrogación nosotros mismos, nuestra historia, nuestras ciencias, nuestras religiones, nuestros valores y símbolos, mal



podemos percibir si estamos produciendo los cambios culturales que vislumbramos tan necesarios en un mundo donde de verdad quepamos todos.

Entender el sistema patriarcal con su dinámica de dominio impregnando toda relación, es poner el ojo, es ver, descubrirnos, creo yo, mucho mejores a lo que hoy día somos, al estar tan conectados e impregnados en relaciones basada en la lucha y en el dominio, en lo heroico y sacrificial.

El patriarcado estamos descubriéndolo, develándolo poco a poco, estudiando sus modos de construcción/permanencia. A pesar de sus avances es un sistema en permanente reciclaje.

A pesar de sus «avances» entre comillas –ilustraciones, modernismos o pos-modernismos– en el orden simbólico-valórico no veo que hayamos avanzado mucho en relación a épocas anteriores. Basta con analizar el discurso de los que denuncian hoy una crisis moral, más referida a la sexualidad y al cuerpo que a lo pervertido de un sistema que logra producir hambre y la violencia que impregna las relaciones en todos los ámbitos con sanciones incluso de silencio a pensadores, basta el ejemplo de Leonardo Boff por ejemplo todo tan cercano aún a la Inquisición.

Este reciclaje es posible porque el Patriarcado se funda en el ámbito de los afectos y las emociones y se traslada al de la razón. Es en el espacio de la familia, de la relación parental, donde aprendemos a sentirnos dominadores-legítimos unos, dominadas-invisibles otras. Donde aprendemos a identificarnos interna y externamente como masculinos o femeninas. Donde reconocemos en el padre varón la autoridad.

El varón es quien nos dá el nombre, nos sitúa social y económicamente: es él quien detenta y define el poder en lo público y en lo privado. Por supuesto que estas relaciones están en conflicto, en fricción, pues nadie nace naturalmente inferiorizado, por lo tanto siempre ha existido una resistencia –implícita o explícita– que pervierte nuestras relaciones en todos los ámbitos con tretas, manipulaciones, seducciones que son las formas aceptadas del juego del poder.

Esta construcción de la dominación en el ámbito de las relaciones parentales, fundada en los sentimientos, se traslada al mundo de la razón y en la construcción ideológica. Es decir, se construye en el ámbito de los afectos, se introyecta en el ámbito inconciente y se traduce al de la razón y así se construye la acumulación que constituye esta cultura que finalmente es una macroideología fundamentada en la sin razón.

Sentir que unos son superiores a otros sólo por tener diferencias, constituyen el sistema, la deslegitimización que hace posible el dominio. Esto tiene género, tiene sexo, tiene cuerpo y es en el ámbito del afecto, del sexo y del amor donde al aceptar el dominio, la propiedad de otros seres lo proyectamos a la razón como «natural», produciendo así una cultura que en su base es fundamentalista y paralizante.

Debemos entender y aceptar que estamos en una macro ideología esencialista que declara como natural diversas hegemonías.

Construimos en sociedad lo que sentimos como personas. Si sentimos que los indígenas son inferiores armamos un sistema para no ver sus conocimientos como válidos y que no accedan a nuestro conocimiento, ni al bienestar, pero sobre todo, no accedan a nuestro mundo de afectos y respetos para así mantenerlos al margen de tal manera que cumplan efectivamente lo que sentimos, prejuicios y rechazos. Esto tiene expresiones muy sutiles casi no percibidas por nuestra razón, es la sin razón de la que hablaba Albert Camus.

Nuestras relaciones por ejemplo inter-generacionales niños, jóvenes, viejos, están impregnadas de discriminaciones tan fuertes, claras y violentas como las existentes entre hombres y mujeres, razas, clases, etc. que generan las fricciones, que no son otra cosa que las fricciones que presenciamos día a día en el mundo traducidas en conflictos, en niños y viejos abandonados, en guerras, etc.

También estamos en guerra con nuestro planeta: destruimos, contaminamos aire, mar, tierra, sin siquiera darnos cuenta que lo necesitamos para nuestra propia vida, sin sentir otra cosa que el dominio, la propiedad. Por lo tanto perdemos los límites, entramos en la sinrazón con nuestro entorno.

Creo que estamos en esos momentos críticos en que como humanidad tenemos la oportunidad para transitar a una cultura muy distinta a la patriarcal. Sin embargo, es difícil imaginar y fantasiar esta posibilidad estando atrapados en este orden simbólico valórico, internalizado como natural y como un destino lineal de la humanidad, porque significa aceptar que nuestra racionalidad tiene límites y no puede crear nuestro entorno físico más básico, la Tierra y su sistema planetario.

La Tierra sólo podemos modificarla, transformarla, recrearla y además compartirla, conjugarla con todos los humanos y sobre todo con todas las especies que compartimos la tierra. Si hemos creado cultura, creado conceptos, modos de relacionarnos, etc. para hacerlo tenemos la energía auto/conciente como humanos.

Aceptar esto significa no creer en los dioses que hemos creado, dioses negadores y castigadores, dioses únicos sobre todas las cosas. Significa cuestionar nuestras religiones, donde el cuerpo contiene la culpa, religiones que no son otra cosa que una ideologización de nuestra espiritualidad. Divinidad corporalizada en el varón y sólo accesible a la especie humana (y más a unos que a otras), en la que quedan excluidas todo el resto, como los animales, la araucaria o el agua. Significa aceptar que para satisfacer las necesidades que como especie tenemos no necesitamos sentirnos Dioses o Diosas únicas y superiores.

Transitar a otras civilizaciones en estos momentos no es



encontrar desde nuestra racionalidad actual otra manera, otro modelo del deber ser, porque estaría impregnada del mismo orden que estamos sumergidos. Pero sí podemos hacernos las preguntas, buscar las pistas, interrogarnos críticamente de cómo hemos ido construyendo este sistema y re/conocerlo.

Imaginar una transformación civilizatoria que dé cuenta de otra forma de relaciones entre nosotros, humanos y humanas y con nuestro entorno, significaría quedarnos sin modelo, esto nos produce sensación de vacío. ¿Cómo desorganizar lo organizado? ¿Cómo desprendernos de valores que creemos fundamentales y transformarnos en verdaderos indagadores de otros valores modificables, variables, no estáticos, ni impositivos?

Recién estamos aprendiendo a ver y a aceptar, a mirar con otra óptica, a percibir el agotamiento de esta cultura cuyo mayor producto en estos momentos es nuestra capacidad de autodestrucción y que hoy tiene una visibilidad diaria. Lo que se demoraba décadas en percibirse hoy lo vemos anualmente y diariamente (basta por ejemplo volver a nuestro lugar de vacaciones para ver los cambios en la naturaleza). Ver nuestro planeta desde afuera de la atmósfera nos hace tener otra dimensionalidad de él y sus relaciones y de nosotros mismos. Todo esto nos lleva a repreguntarnos, a redescubrirnos como humanos, nos da la posibilidad de tomar conciencia de las posibilidades de transitar a otra civilización, hoy tan urgente.

Como feministas intentamos activar cada vez con más fuerza nuestras experiencias concretas de vida y nuestras reflexiones de mujeres construyendo un conocimiento crítico.

Como feministas latinoamericanas, con la experiencia de una historia de conquista no tan lejana, donde nuestro cuerpo y sexualidad jugaron un papel fundamental: la conquista se concretó en maternidades mestizas.

Trabajar con mujeres acá, significa encontrarnos con prácticas y visiones de otras culturas aún muy presentes. Culturas que aunque patriarcales, el cuerpo y la sexualidad eran una parte del rito de la vida y su espiritualidad. Los conquistadores traen e imponen un modelo, una cultura donde el cuerpo y la sexualidad contienen el pecado, el cuerpo como lo malo y el cuerpo de la mujer como el culpable, la cosmovisión cristiana introyectada como modelo hegemónico.

El feminismo latinoamericano está construyendo también un saber desde esta realidad concreta, desde estas maternidades mestizas.

El proceso de mestizaje basado en la superposición de una cultura sobre otra y aún no resuelto, nos sumerge en resistencia por la incapacidad de hacer un proceso en horizontalidad. Si a este proceso de mestizaje cultural, de sincretismo religioso, le sacamos la dinámica de dominio, podremos tomar de una y de otra cultura en conciencia y selección sus aportes y así desmontar las resistencias y las deslegitimaciones y aceptar como producto una cultura mestiza válida. No como un producto del dominio donde el oprimido logra introducir espacios de sobrevivencia cultural. Este proceso nos podría

dar un ojo desde donde mirar y percibir los desafíos de un desarrollo diferente.

Cada 10 años estamos siendo un billón de seres humanos más y esto nos lleva a preguntarnos si estamos dispuestos a ser metizos. Creo que es hoy uno de nuestros desafíos.

Estando en Los Angeles, California, un mes después de los acontecimientos por todos conocidos, recogiendo el análisis de lo que habíamos pasado, me contaba un profesor que la mayoría de los niños negros no tenía ejemplo cercano de lo que era el trabajo, el estudio, ni de horarios; que no tenían parientes: abuelos, padres, tíos, amigos, que salieran a trabajar. Salen a la calle a cualquier hora, como quien sale a una recolección en descampado. Ver dónde, qué hacer, qué tomar o dejar es su vida diaria, compartida en ese espacio calle, con un mundo de blancos que tienen un modo de producción y de trabajo al que los negros no tienen acceso y que además quien sabe, no quieren acceder; los blancos sí saben donde van, que tienen horarios, etc. Este choque, esta sin razón, es lo que subyace en el reventón de los Angeles. Me impactó escuchar a personas supuestamente progresistas decir reiterativamente que eran generaciones perdidas, que no había mucho que hacer con ellas. Sólo esperar que murieran. Esta es la irreversibilidad en que estamos cayendo en situaciones de todo tipo: los niños en Brasil, los jóvenes delincuentes, los viejos como inútiles, etc., etc.

Unas amigas mías feministas de Dinamarca que trabajaban sobre salud y violencia en un barrio, vieron como en tres años ese barrio de daneses rubio, se transformó en un barrio de musulmanes. Ellas tuvieron que cambiar su proyecto totalmente y prácticamente eran las únicas blancas que entraban al barrio. Nunca he visto grupo más desconcertado, tratando de entender en tres años, este desafío, este choque de culturas.

Nuestras diferentes culturas, identidades, idiomas, modos de ser, religiones, símbolos y valores, se fueron construyendo en lugares geográficos específicos, separados por ríos, montañas. Accidentes geográficos que hacían posible la construcción y preservación de estas identidades.

Hoy, en nuestro mundo, más que nunca, esto no es más posible. Hoy, mantener estas identidades significa suplir lo natural de los ríos y montañas por muros, barreras ideológicas, xenofobias y afirmarnos en un patriarcado cada vez más agudo. Construirnos en seres humanos cada vez más rígidos, incapaces de permearnos, de hacer procesos de integración donde no existan las hegemonías.

Los fenómenos de transculturización hoy se aceleran a una velocidad de un billón cada diez años, somos un billón de seres humanos más cada 10 años y no tenemos conciencia de ello, por lo cual reaccionamos desde nuestras incapacidades irracionales en que estamos atrapados, en nuestra incapacidad de discutir lo que realmente debemos discutir. Es la sin razón de nuestra cultura.

Sólo una lógica de aceptación de las diferencias existentes



y por producirse, podrá construir una cultura donde realmente podamos ir resolviendo, a través de procesos de toma de conciencia, la legitimización de los aportes de cada cual y descubrir todas las infinitas verdades e identidades que vamos generando como producto humano. Ver, tener el ojo para hacer los procesos de toma de conciencia recogiendo los aportes de cada cual y pudiendo desprendernos de los valores que nos mantienen en la lógica de la dominación, con verdades únicas e imponibles, son las pistas para transitar hacia otra civilización.

Construir sistemas basados en colaboraciones y no en dominios es, como lo veo, la única salida y está íntimamente relacionada con el desmontaje de las relaciones actuales hombre-mujer.

Creo que nosotras, feministas, estamos aportando desde nuestro análisis de género, desde nuestra mirada crítica a la historia, a la antropología, a la política, la maternidad y la sexualidad, cuestiones que nos hacen posible dar elementos para poder ver y desmontar este sistema existente. Sistema que nos hace ciegos, porque está basado en el ámbito del sentir como natural la sobrevivencia del más fuerte. Esto hace posible perder ese ojo de cambio necesario para transitar a una cultura mestiza de verdad y válida, con otras lógicas, donde lo cíclico constituya saberes y razones.

Cuando nos planteamos proyectos de desarrollo sin esta óptica, sin este ojo estamos realmente reciclando el sistema.

No es que los saberes que hayamos producido sean malos, es la lógica con qué lo aplicamos, que es mala, nos introduce al patriarcado, somos mucho mejores de lo que creemos.

En los talleres con mujeres, que he realizado por más de 10 años, he percibido una potencialidad de una lógica abierta, fluida, cíclica; mucho más conectada con las enseñanzas de nuestro entorno natural, que también es cíclico. Esto podría construir un sistema de razones, modos de vida y cultura finalmente. Aparece en nosotras cuando, por instantes, podemos desprendernos de la lógica unidireccional y proyectiva que construye los para siempre, la culpa y la propiedad sobre otros seres, la lógica patriarcal.

Para mí, cualquier proyecto de desarrollo, tendrá que tener en su conjunción cultura-desarrollo más que modelos cuestionamientos tanto del desarrollado como del desarrollador.

Todo proyecto de desarrollo contiene implícitamente un proyecto de cultura, no es sólo económico, el desafío es que este contenido esté explicitado y que contenga una mirada «con los dos ojos abiertos»

Santiago, agosto de 1992

*La Morada. Santiago de Chile – Asociada a Warmi.
Ponencia presentada en el III congreso de Culturas
Hispánicas- Universidad de Chile.

INTERESES DE GÉNERO Y ACCIÓN COMUNAL EN UNA CIUDAD COLOMBIANA

Kathy Gladden*

Todos los días los trabajadores, los hombres y mujeres de la patria nos enseñan que en la unión está la fuerza... que la organización de todo el pueblo a través de sus múltiples organizaciones políticas, sociales, sindicales, gremiales, etc. está la alternativa para construir una Colombia sin violencia...

Stella Brandt, Socióloga, Universidad Tecnológica
Pereira, Risaralda

Introducción

La acción comunal suministra estrategias para la lucha y posibilidades de cambio en la Plaza de Bolívar el día de la mujer, el 8 de marzo. En medio de la violencia y la injusticia social, estas mujeres colombianas buscan organizaciones alternas que les permitan participar activamente en la formación del futuro de sus hogares, barrios y ciudades. Este estudio explora cómo el género y la clase afectan la capacidad de organización de la mujeres en dos organizaciones de barrio muy diferentes. Ambos barrios están localizados en Pereira,

una comunidad de tamaño intermedio en proceso de industrialización en el Departamento de Risaralda, Colombia. Este artículo describe cómo los intereses de clase definen parámetros dentro de los que funcionan los intereses de género. En ambos casos que se describen, la comunidad, así como las mujeres, se beneficiaron de sus esfuerzos colectivos. Estos casos prueban que las mujeres participan activamente en el desarrollo de sus barrios.

En Colombia, las organizaciones femeninas son heterogéneas y reflejan una gran variedad de ideologías distintas (Medrano y Villar 1988). Pocos estudios describen las organizaciones de mujeres en Colombia y aún menos, discuten las organizaciones informales (más que institucionales). La crisis económica, sin duda, ha conducido a las mujeres a buscar nuevas formas de organización social para resolver las necesidades familiares. Sin embargo, los datos en este artículo muestran, que las organizaciones de mujeres no son meramente una respuesta a los recientes problemas económicos de los países en vía de desarrollo sino que más bien hacen parte de una tradición más antigua de organización para resolver los

